

Transformaciones Económicas y Sociales en las Zonas de Montaña. El Caso de Picos de Europa

Manuel T. González Fernández

Doctor en Sociología

Profesor Titular Universidad Pablo de Olavide

Este trabajo presenta una síntesis de los elementos más significativos, para los objetivos de esta jornada, del texto "Sociología y Ruralidades. La construcción social del desarrollo en el Valle de Liébana" (González Fernández, 2002). En el se pretenden enlazar los procesos de cambio y desarrollo rural en la comarca cántabra con las características, usos, prácticas y representaciones del espacio montañoso de los Picos de Europa.

1- Los Picos de Europa, las montañas del remoto confín cantábrico

"Y allá, en el fondo, pero muy lejos, cerrando el espacio abierto entre Peña Sagra y los dos conos, las enormes Peñas de Europa, coronadas ya de nieve, surgiendo desde las orillas del cantábrico y elevándose majestuosas entre blanquecinas veladuras de gasa transparente, hasta tocar las espesas nubes del cielo con su ondulante y gallarda crestería" (Pereda, J. M^a; 1988: 146-7)

Liébana es un territorio enclavado, geográficamente, en el corazón de la Cordillera Cantábrica. De las tres principales unidades montañosas que marcan los límites de la comarca –macizo de Fuentes Carrionas al Sur, Sierra de Peña Sagra al Este y Picos de Europa al Norte-, son sin duda estos últimos los que tienen un carácter más singular y son más conocidos, constituyendo, con los Pirineos, el más valorado espacio de montaña de la Península. Pero ese reconocimiento es más bien reciente y, hasta hace poco, podría incluso afirmarse que, si exceptuamos las comunidades limítrofes, el espacio natural

de los Picos disfrutaba de mayor fama en otros países, como Gran Bretaña, que en el nuestro. La razón a la que popularmente se atribuye el peculiar nombre de "Picos de Europa" podría ilustrar, metafóricamente, ese conocimiento exterior y la ignorancia que sobre ellos se tenía en el interior. Tal denominación la deberían al hecho de que su altura media -dos mil metros- unida a su proximidad a la costa los hacen perfectamente visibles desde el mar -desde fuera-, hasta unos 190 km. aprox., al hallarse entre las montañas litorales más altas de Europa .

Pese a formar parte de una unidad orográfica más amplia, la Cordillera Cantábrica, "los montañeros [y ya hoy en día el público en general] suelen considerarlos como una unidad diferenciada del resto" (Adrados y López, 1988: 30). Tal unidad, que ocupa una extensión aproximada de 502 km², repartidos entre Asturias (277 km²), Cantabria (131 km²) y León (94 km²) se halla subdividida a su vez en tres macizos: Oriental o de Andara, Central o los Urrieles y Occidental o el Cornión. Los ríos Cares y Duje actúan como divisoria entre ellos .

Los Picos fueron el escenario de un hecho fundamental en el ambientalismo español, ya que en ellos se constituyó, el 22 de Julio de 1918, el primer Parque Nacional del Estado, gracias a la iniciativa de un destacado personaje: Pedro Pidal, Marqués de Villaviciosa de Asturias. Las 16.925 Ha. del "Parque Nacional de la Montaña de Covadonga" -que es la denominación que recibiría- ocupaban buena parte del macizo Occidental. Algún tiempo más tarde comenzaría a reivindicarse la ampliación de la protección al conjunto de los tres macizos, lo que, tras diversas vicisitudes, se lograría el 30 de Mayo de 1995. El "Parque Nacional Picos de Europa", como ahora se denomina es, con sus 64.660 Has., uno de los mayores espacios protegidos de esta categoría en España. Y es a partir de su ampliación cuando abarca territorio lebaniego, más concretamente de los municipios de Tresviso, Cillórgo - Castro y Camaleño.

Los Picos de Europa son, sin duda, el elemento que, en la actualidad, más identifica a Liébana. No sólo el telón de fondo omnipresente para cualquier cuestión o actividad que guarde relación con o se desarrolle en la comarca. Es, sobre todo cuando consideramos la visión que desde el exterior se tiene de ésta, que su importancia es más acusada. Hasta se puede decir que los Picos son el símbolo, la "imagen de marca" de Liébana. Sería muy difícil entender

buena parte de los procesos recientes -de tipo económico, social o cultural- que han ocurrido en ella sin tener en cuenta la existencia de esta cordillera que, por su atractivo desde los valores históricamente asignados a las montañas en nuestra cultura, actúa también de vínculo o "puente" simbólico privilegiado con la sociedad global, adquiriendo así un papel clave en la dinámica de desarrollo.

Como se verá, en esa "puesta en valor" simbólica de los Picos de Europa han tenido, sin lugar a dudas, una importancia decisiva las actividades montaÑeras.

2. *La montaña sagrada: un mito universal*

El carácter montañoso es, por tanto, uno de los atributos esenciales del territorio lebaniego. Por su parte, la montaña, constituye un referente universal para la especie humana, ya que en cualquier cultura y cualquier época que se considere, se hallarán testimonios de la fascinación y veneración de los hombres por estos lugares, los cuales parecen tocar un cielo hasta no hace mucho tiempo inaccesible. La arqueología nos ha mostrado como infinidad de pueblos primitivos convirtieron a las cumbres en lugares de veneración, en espacios totémicos, cuando no en divinidades en sí mismas. La montaña más alta del mundo -conocida en nuestra cultura occidental como Everest- es "Chomologma" para los pueblos que viven a sus pies: la "Diosa Madre del Mundo". De la importancia simbólica de la montaña hablan costumbres como la atribuida a los Incas, quienes completaban el sometimiento de los pueblos que derrotaban ascendiendo a sus montañas sagradas, profanándolas con sus propios ritos y símbolos.

También las montañas han jugado un papel clave en la constitución mítica de la cultura occidental. Estas son el escenario en el cual nada menos que el Dios de los judeo - cristianos hace entrega a Moisés de las Tablas de la Ley: el monte Sinaí. En la cultura grecorromana, se ensalza también este espacio: los dioses griegos viven en el monte Olimpo y Platón, en Las Leyes, considera que los habitantes de las tierras altas disfrutaban de unos atributos particulares.

Ni que decir tiene que la montaña conserva su carácter sacralizado en la Edad Media, cuando menos como lugar preferente para la ubicación de los monasterios, desde los cuales se dirigía la vida tanto material como espiritual de las poblaciones de la Europa Cristiana -especialmente en la Alta Edad Media-. Un ejemplo extremo de la vinculación monástica con las alturas la ofrecen las construcciones que se hallan encaramadas al macizo de Meteora, en la actual Grecia. Pero también los reyes se sumarían a esta fascinación. De hecho, la iniciativa real es clave en el que se considera como episodio fundacional del alpinismo: la ascensión del escarpado Mont Aiguille, en el macizo del Vercors francés, hace cientos de años.

Podría pensarse que el advenimiento de la Modernidad hubiese relegado, en su batalla contra las pasiones irracionales, la veneración que el ser humano ha sentido de siempre por la montaña. Sin embargo, no sólo no ocurriría esto, sino que, si bien con distintas orientaciones, se mantendrían como objeto del interés humano. Bien a través de figuras representativas del lado "racionalista" y científico de la Modernidad, como el célebre sabio ginebrino Horace Benedict de Saussure, fascinado por el Mont Blanc y auténtico alentador de la primera ascensión del punto culminante de Europa Occidental -lo que ocurriría a finales del siglo XVIII a cargo de Balmat y Paccard-, bien por parte de aquellos románticos para los cuales la montaña representaba el refugio de ese lado oscuro e irracional que la ciencia y los saberes modernos no acababan de someter por completo. Así, el propio macizo del Mont Blanc sirve de morada al más famoso engendro -literario- producido por la ciencia moderna: el monstruo que describe Mary Shelley, creado por la mano del doctor Frankenstein.

La montaña es, por tanto, un lugar asombroso y terrible a la vez, irresistiblemente atrayente y estremecedor. Nos muestra como el ser humano es proclive a asignar valores afectivos y emocionales al espacio, como si también las montañas, ellas mismas, tuviesen un corazón. A realizar, a la postre, una construcción cultural del espacio. Las topologías de las sociedades humanas están, en este sentido, llenas de topofilias y topofobias: se le atribuye un sentido positivo a "elevarse", mientras que "descender" representa el fracaso, la caída. Existen lugares "siniestros" -en la misma medida en que se puede ser "diestro"-. La altura es sinónimo de virtud, la baja de todo lo

contrario. La montaña encierra, en este sentido, un significado complejo: hace elevarse al hombre para coronarla, pero a costa de un terrible sufrimiento; le enfrenta asimismo a su insignificancia ante la naturaleza expresada en toda su pureza en las cimas. Le coloca, en definitiva, en la vía ascética hacia la sabiduría.

La montaña aparece en Nietzsche como significante a través del que se expresa con nitidez ese lado oscuro e irracional de la naturaleza, constituido de espíritu antes que de razón -que en su versión romántica habíamos encontrado en el Frankenstein de Mary Shelley-, sobre el que, en su intento de imponerse, nunca acabaría por triunfar definitivamente el proceso racionalizador de la Modernidad. Precisamente, como se podrá comprobar, ello supone que hacia la montaña se dirijan -física o espiritualmente-, muchos de los que no encuentran su lugar en la floreciente Sociedad Industrial. Incluso algunos piensan que en "las aldehuelas montaraces" (Pereda, J. M.: 1988: 238) reside el "fluido vital" inmaculado que servirá para la regeneración del corrompido cuerpo colectivo: así es expresado por la metáfora conservadora perediana, ya que "la capital que usted quiera, ¿pasa de ser una jaula más o menos grande, mejor o peor fabricada, en la cual viven los hombres amontonados, sin espacio en qué moverse ni aire puro que respirar?" (Ibid.: 234). Pero la Modernidad ha acabado por conquistar también las más altas cumbres. Ha puesto en valor el espacio montañoso, lo ha convertido en "yacimiento" -real y metafórico- de recursos económicos. De ahí que unas nuevas mitologías nos estén comenzando a hablar de la banalización, de la "prostitución" de unos lugares antes sagrados. Y de la necesidad de "purificación" (Sibley, 1988) -como paso previo a la "re-sacralización"- de la montaña, vista hoy como quintaesencia de la naturaleza.

Las montañas, por tanto, han estado históricamente cargadas de significados culturales. Por ello parece posible establecer, reconstruir una historia social a través de las representaciones de la montaña contenidas en las distintas formulaciones del mito. Así como las posiciones que se establecen en nuestra sociedad ante las montañas sirven también para entender buena parte del sentido que encierran los debates de corte ambiental, ecológico. Los Picos de Europa nos ofrecen un soporte privilegiado para comprender estas cuestiones.

3. *Los Picos de Europa: de último refugio a su "descubrimiento" y "puesta en valor".*

Por indicios arqueológicos se supone que la región de los Picos de Europa comenzó a conocer una presencia humana estable a partir del año 5000 a. d. C., aunque se encuentran vestigios de ocupación temporal - probablemente estacional- en la zona desde finales del paleolítico. Es curioso el hecho de que se hallen numerosos monumentos megalíticos, que desempeñaban una función funeraria y religiosa, en zonas en las que ni hoy en día, debido a la altitud, existen asentamientos permanentes. Se pierden en la leyenda las prácticas religiosas de estos antiguos moradores, pero en ellas parecen jugar un papel importante montañas como la Peña Sagra, o los propios Picos. Quizás en ellos se situase el monte Vinnio, en el que, según historiadores romanos como Lucio Floro o Paulo Orosio, se refugiarían los cántabros ante el empuje del ejército romano de Augusto entre los años 29 y 19 antes de nuestra era. Tal vez entonces comenzara a construirse la imagen de los Picos como último reducto de una cultura, de un pueblo y de una manera de entender el mundo amenazados. Imagen que, ocho siglos más tarde adquiriría toda su dimensión a través de la legendaria batalla de Covadonga, sin duda el suceso que más nítidamente ha contribuido a la formulación del mito fundacional hispánico:

"¡Covadonga! Este nombre evoca todo un glorioso pasado. ¡Cuantos recuerdos! Allí fue donde tuvieron lugar las luchas heroicas de los astures, pueblo montaraz, contra el moro invasor. Allí se refugiaron los héroes de la Reconquista, acaudillados por Pelayo. [...] Pelayo los esperó en las estrechuras de Covadonga y los aniquiló por completo. Los moros, horrorizados, respetaron la libertad de este puñado de rebeldes, y detrás de estas montañas se salvaguardó la independencia de España, y de allí surgió la joven monarquía" (Fontán de Negrín, 1986: 39)

A estos legendarios acontecimientos seguiría la extensión de la influencia de la monarquía asturiana por la región, a través del dominio monástico, con lo que se consolidaría un poder cristiano en el norte peninsular, aunque territorial, cultural, política y económicamente marginal respecto a los hispano-musulmanes. Y en ese proceso de consolidación jugaría de nuevo el área de los Picos de Europa el papel de escenario clave en la formación ideológica y doctrinal de la Iberia cristiana, a través de la figura de Beato, monje refugiado en lo que hoy es el monasterio de Santo Toribio de Liébana -no casualmente situado en un promontorio a los pies del Monte de la Viorna-.

Aparte de los hechos citados, son pocas las informaciones de que se dispone para comprender el papel que estas montañas han jugado en las prácticas, los referentes y las imágenes colectivos hasta fechas relativamente recientes. Algunos autores hablan de una "larga Edad Media", ya que las formas de dominación, usos... típicamente medievales se prolongarían hasta el S. XVIII en las comarcas limítrofes, como la Liébana (Sánchez Gómez, 1996). Quizás por ello, hasta finales del XIX en los Picos no se reflejan los movimientos hacia la montaña que hemos reconocido en otros lugares de Europa. Pero, aunque tarde, aquí también se encuentra esa doble componente, científica y romántica, entre los protagonistas de este nuevo "descubrimiento" de la cordillera.

Los conocidos como "primeros exploradores" de los Picos de Europa, se dirigieron a ellos movidos por intereses geográficos y mineros. Es el caso del alemán Schulz y de Casiano del Prado. Este último se afanaría en alcanzar la mayor altura de la cadena, que sucesivamente situaría erróneamente en Torre Salinas (ascendida en 1853) y Torre del Llambrión (1856). Se abre así un período en que los Picos son relativamente visitados -fruto de ello son las ascensiones al Pico Cortés, Peña Castil y, probablemente, Peña Vieja- por cartógrafos militares que se empleaban en los trabajos de enlazar la península con la red geodésica internacional. Simultáneamente comienza la explotación minera intensiva de la cordillera, centrada en el plomo y el zinc, y que se desarrollaría sobre todo en el escenario del Macizo Oriental de los Picos -minas de la Providencia, el Evangelista, la Mazarrasa...-, aunque también encontramos importantes yacimientos en Aliva, Liordes -Macizo Central- y otras

zonas como Bufarrera -junto a los Lagos de Covadonga-. Otras actividades, como la caza, se desarrollan habitualmente en la zona .

Pero, junto a mineros, geógrafos o ingenieros, a finales del siglo XIX comienzan a aparecer los que se podrían denominar primeros visitantes "deportivos" de los Picos de Europa. Un hecho común entre estos pioneros es su pertenencia a la nobleza -francesa y española-, lo que nos habla de una clase social que, perdido su protagonismo de antaño, dirige sus referentes aspiracionales hacia la conquista, no ya territorial -como probablemente hubiesen hecho en otros tiempos-, sino simbólica, de cumbres. La montaña aparece, por tanto, como escenario para resolver el desconcierto "moral" de este grupo social, el cual encontramos perfectamente expresado por el hidalgo y escritor cántabro J. M^º. de Pereda. Para éste, el hombre moderno encontraría "gastada su sensibilidad de tantos y tan continuos sucesos, porque en ninguna época del mundo han acontecido tantos y tan extraordinarios en tan breve tiempo como ahora. [...] La fe en lo divino y el sentimiento de lo reputado siempre por lo más noble en lo humano, iban relegándose al montón de las cosas inútiles, cuando no perjudiciales; apenas se concebían los grandes héroes de otras épocas, cuanto más los sentimientos que los habían exaltado desde la masa común de los anónimos, hasta las páginas más esplendentes de la historia" (Pereda 1988: 237). Quizás el declive de la nobleza en un escenario generalizado de revoluciones liberales -patente en Francia, pero también extensible a la España de mediados del S XIX-, explique la incomodidad de algunos de sus integrantes ante un mundo regido por valores y normas aparentemente contradictorias, ante el cual la montaña aparece como escenario privilegiado para la realización de "gestas gloriosas". La excéntrica biografía de un notable pirineísta, el Conde Henry Rusell, expresa con nitidez el desconcierto que empuja a estos nobles a acercarse a la montaña . A él, pese a no haber visitado nunca los Picos, debemos estas palabras que encontramos en el prefacio del ya citado libro de Fontán de Negrín "Aux <<Picos de Europa>>":

"Gloria a estos Pirineos lejanos y misteriosos que así tienen el honor de ser los últimos en recibir los postreros adioses del Sol a Europa, como si

sintiese por ellos un gran afecto! ¿Será esto lo que los hace enrojecer cuando el Astro Rey los deja?" (Russell, H.: 1986: 25)

Sin duda es otro francés, Aymar d'Arlot, Conde de Saint Saud, quien más claramente encarna la devoción nobiliaria por los Picos de Europa. A él y a sus compañeros -entre los que destaca Paul Labrousse- se deben, en el año de 1892, las primeras ascensiones de dos cumbres destacadas: Torre de Cerredo (con 2648 m., punto culminante de los Picos y de la Cordillera Cantábrica) y la escarpada Torre Santa de Castilla. Los éxitos montañosos de los franceses parecen jugar un importante papel en la motivación del que sería probablemente el último episodio de esta etapa heroica en la "conquista" de las cumbres de la cordillera: la ascensión de una esbelta, monolítica y, hasta entonces, inaccesible cima conocida localmente como "Picu Urriellu", aunque su denominación más popular en la actualidad sea la de Naranjo de Bulnes (2519 m.). La protagonizan Gregorio Pérez Demaría, más conocido como el Cainejo -quien guiaría la escalada, y a quien sin duda se debe el mérito "deportivo" de ésta- y Pedro Pidal. Este último, Marqués de Villaviciosa, además de Diputado y Senador por Asturias, sería la figura decisiva en la declaración en 1918 del Macizo Occidental de los Picos como el primer Parque Nacional español. Pero volviendo a las circunstancias que le animan a promover la citada ascensión hemos de citar su profundo gusto por la montaña, que en este caso se adorna de patriotismo y sentimiento nacionalista, tal vez para darle así un sentido trascendental a lo que, visto fríamente, no pasaría de una gesta deportiva, eso sí, admirable para la época :

"¿Qué idea me formaría de mi mismo y de mis compatriotas si un día llegase a mis oídos la noticia de que unos alpinistas extranjeros habían tremolado con sus personas la bandera de su Patria sobre la cumbre virgen del Naranjo de Bulnes, en España, en Asturias y en mi cazadero favorito de robegos?" (Pidal, P. cit. en Fontán, 1986: 68 - 69)

Por fin, tras una espeluznante escalada, el 15 de Agosto de 1904 Pedro Pidal y el "Cainejo" construyeron sobre la cima del Picu hasta tres pirámides de rocas sueltas a fin de dejar una señal inequívoca de su "hazaña", con la que el

primero de ellos creía -tal vez no se equivocaba- haber contribuido a hacer su memoria perdurable:

"¡Vosotras testificaréis nuestra subida, ni para halago de necia vanidad, que no sentimos, sino como ejemplo y emulación a los esfuerzos, y como timbre de gloria para hacernos acreedores a una inmortalidad en el Paraíso de los Picos, en el verdadero, genuino y varonil Olimpo de los dioses!..." (Ibid.: 80-81)

La ascensión al Picu Urriellu cierra una etapa en la que las "gestas nobiliarias", el interés científico y minero, las sonadas cacerías reales... acaban por poner en valor un espacio que pasa, de este modo, a ocupar un lugar preferente entre las montañas del Norte ibérico. Por ello cada vez eran más los miembros de las clases acomodadas que se dirigían a estas montañas, normalmente acompañados de guías locales -como Víctor Martínez, entre otros- cuando se trataba de acometer escaladas difíciles como el Naranjo o la Torre Santa. La práctica del montañismo era entonces una actividad de élites sociales que la acogían dentro de la mentalidad de corte higienista que, desde Madrid entre otros lugares, habrían difundido figuras como Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza. Ese espíritu queda patente en el siguiente pasaje, extractado del primer número de la revista Pyrenaica, de la Federación Vasco-Navarra de Alpinismo:

"Somos los alpinistas buscadores de salud para el cuerpo y para el alma. En el monte encuentra el cuerpo los agentes sanitarios que el hacinamiento de la urbe le niega y el espíritu se agranda y fortalece blindándose contra las bajas miserias humanas" (Editorial, En Pyrenaica, Vol. I nº 1, 1926)

Tras la Guerra Civil, la situación es, en varios órdenes, diferente. En primer lugar, porque se extiende la concepción deportiva y se busca antes la iniciativa individual que la actividad guiada. También los protagonistas de los nuevos episodios deportivos, no buscan ya hollar cimas vírgenes -por otro lado, cada vez más escasas-, sino surcar las vertientes más abruptas de cada

montaña. Quizás el acontecimiento más significativo de esta época es la ascensión de 1947 de la cara Sur de Peña Santa por Folliot, Fuentes y Rojas. Buena parte de los nuevos protagonistas de la historia de los Picos se sitúan en la órbita del Club Peñalara, surgido del citado movimiento higienista y auténtico continuador, pese a las vicisitudes políticas, de esa tradición. La componente deportiva se va acentuando con figuras como los vascos Landa, Udaondo, Regil..., y adquiere la dimensión que conoce en la actualidad cuando los aragoneses Alberto Rabadá y Ernesto Navarro vencen en 1962 la pared más inaccesible de los Picos: la cara Oeste del Naranjo de Bulnes. Estos habían desarrollado parte de su trayectoria deportiva al amparo de instituciones claves en la generación de la ideología del régimen franquista como el "Frente de Juventudes" -a veces de manera más instrumental que convencida-, como también ocurriría con uno de los protagonistas de la primera ascensión invernal de esa ruta en Febrero de 1973 y, sin duda, el gran divulgador del alpinismo en España: César Pérez de Tudela.

La secuela de intentos con final trágico que precede a la citada ascensión convierten ésta en lo que hoy llamaríamos un "acontecimiento mediático" de primer orden. Ello contribuye a que la fascinación por los Picos se difunda y divulgue, en la misma medida en que lo estaba haciendo el proceso de industrialización y definitiva -aunque tardía- incorporación de España a la vanguardia fordista, lo que algunos años antes había creado las condiciones sociales para la popularización de las prácticas montaÑeras, especialmente a través de los clubes de montaña de las ciudades de la costa cantábrica (Oviedo, Avilés, Gijón, Santander...). Estos clubes, en ocasiones, pertenecen a las propias empresas que se instalan en la zona a partir de los años sesenta -p.e. Ensidesa-. Por tanto, la que a principios de siglo era una actividad reservada para las élites sociales y nobiliarias adquiere un carácter abierto y mayoritario. No puedo dejar de citar aquí la importancia que la difusión del transporte autónomo -típicamente condensada en la imagen del modelo Seiscientos de Seat- tiene en la configuración de este nuevo escenario.

Del mismo modo que los primeros exploradores aprovecharon los casetones de las minas, sus transportes y gestionaron a través de ellas sus visitas -"Gracias a la amabilidad de los ingenieros de las minas de Covadonga, hemos podido ¡por fin! encontrar un guía" (Fontán de Negrín, 1986: 40)- a

finales de los sesenta, una vez prácticamente abandonada la actividad minera, se aprovechan sus infraestructuras (caminos, pistas...) para el acercamiento, cada vez más frecuente, de visitantes a los tres macizos de los Picos. Pero, es más, la minería jugará un importante papel en servir de referente a la hora de construir la infraestructura que más notablemente ha contribuido a la puesta en valor de los Picos de Europa, a través de un uso masivo e intensivo: el teleférico de Fuente Dé, que supera un muro de casi mil metros verticales .

La infraestructura en sí es un producto típico de la España del despegue industrial de los años cincuenta y sesenta. A través de ella, la iniciativa pública protagoniza un acontecimiento decisivo y con un gran impacto económico en los territorios limítrofes, marcando de esa manera el devenir futuro de sus poblaciones. Además, se puede decir que en este caso la oferta crea la demanda, ya que se multiplica el número de visitantes a los Picos.

La definitiva incorporación de la sociedad española a la vanguardia moderna occidental llevaría pareja, por tanto, la extensión de la práctica deportiva del montañismo y el excursionismo, lo que supondría un proceso de masificación y banalización casi absoluta de un espacio antes "sagrado". La afluencia de visitantes generaría un impacto notable en la montaña y en las comarcas limítrofes -aunque más perceptible en la primera-. Todo ello, unido al agotamiento del modelo desarrollista y los cambios en los valores globales hacia la naturaleza, dibujaría un nuevo escenario en el que cada vez grupos más numerosos percibirían que la propia "puesta en valor" de los Picos de Europa podría acabar degradando, "destruyendo" estos, con lo que el debate en torno a la figura de protección que debería aplicársele, y la manera de llevar a cabo su gestión, alcanzarían una importante relevancia en la sociedad española. Pero sería a escala local donde, como se verá, dejaría traslucir los elementos y procesos fundamentales en la construcción social del desarrollo rural.

4. El debate sobre los espacios protegidos en la era de la globalización y el consumo de masas. Acontecimientos y actores en la génesis del movimiento ambientalista y proteccionista

En su ya célebre artículo "Rural nature and urban natures", Marc Mormont propone una lectura de los proyectos de implantación de parques o espacios protegidos desde dos escalas: desde "el conjunto de la sociedad" y desde "las áreas rurales". La primera de estas ha sido a menudo ignorada por las perspectivas dominantes en las ciencias sociales acerca de los Parques, mientras que la segunda ha sido tradicionalmente reducida a la consideración de estos como "nichos" en los que experimentar nuevas formas de relación entre el hombre y el medio, o como "un medio sutil de desposeer a las comunidades rurales". Frente a estas visiones, la lectura simultánea de procesos globales y locales, permite articular la comprensión del entramado social que rodea a los espacios naturales protegidos en torno a tres ejes: "la procedencia social del proyecto de los parques, el espacio donde esos proyectos se materializan y las representaciones de la naturaleza que les atribuyen sustancia y poder" (1987: 4). Mormont, además, plantea que el medio ambiente se convierte en "el lenguaje potencial de una reconceptualización sociopolítica de lo rural" (1996: 174). Lo rural se reconstituye, a través del medio ambiente, en "patrimonio sociocultural (paisaje, saberes tradicionales) y también en un conjunto de recursos (agua, paisaje)". E incluso va más allá, al considerar que "lo rural se presenta como una manera donde nuestras sociedades piensan, a través del espacio, la transformación de sus relaciones con la naturaleza" (Ibid.: 175).

En el presente texto se prestará atención a aquellos aspectos más "globales", que nos hacen entender los parques, desde su origen a principios de siglo, como propuestas alternativas de organización social a través de la relación con la naturaleza, lo cual adquiere una mayor relevancia en un contexto -como el del último medio siglo- de preocupación ecológica generalizada ligada a riesgos tangibles derivados del modelo de Sociedad Industrial. También el fenómeno del consumo de masas, crecientemente orientado más hacia productos culturales que materiales, y que remite a la construcción del espacio como objeto de consumo, convierte a determinados lugares en susceptibles de "morir de éxito". Todo ello implica procesos de interacción, tensión y conflicto entre diferentes agentes sociales, sean los grupos que forman la propia sociedad civil, aquellos más formalizados -

asociaciones-, el Estado... que nos muestran la dimensión sociopolítica, a un tiempo global y local, del desarrollo.

La problemática ambiental que se percibe en los Picos de Europa se inscribe, obviamente, en el contexto de crisis medioambiental global, con las implicaciones ya conocidas para las conciencias y la relación entre los agentes institucionales. Paralelamente a estos fenómenos -o tal vez por ellos-, en el marco de la sociedad de consumo se ha intensificado lo que J. Urry (1995) denomina "consumo de lugares". Este se produce en el contexto del proceso de reestructuración global, en el cual se plantea un cambio profundo en la comprensión económica de lo local, al tiempo que, desde una perspectiva más sensible a lo cultural, se reconoce como los lugares son "construidos culturalmente" (Ibid.: 2) antes de incorporarse a las "economías de signos" (Lash y Urry, 1996). Espacios o lugares concretos pasan a ser no sólo "reestructurados como centros de consumo", sino que "ellos mismos, en cierto sentido, consumidos, particularmente de manera visual", al tiempo que se puede llegar a consumir "su identidad" (Urry, 1995: 1). Este autor, en su estudio del "Lake District" inglés, introduce una serie de ideas en las cuales se encuentran notables paralelismos con el recorrido que se ha hecho por la historia mítica y social de Los Picos de Europa, entendida ésta, al menos en parte, como "producción cultural" en cuanto lugar "atractivo"¹.

En ese contexto global emerge la representación del Parque Nacional (P.N.) como instrumento fundamental para sostener esa gestión, para permitir que Los Picos de Europa sigan siendo, en su naturaleza, un referente simbólico sacralizado. Pero estos, al menos en parte -el macizo Occidental- ya gozaban de esta figura de protección desde 1918. En esa temprana declaración se encuentran similitudes, en lo que respecta a la procedencia social del proyecto, con la que Marc Mormont reconoce para Bélgica a finales del S XIX, donde se produce una alianza entre científicos y determinadas fracciones de la burguesía

¹ Urry reconoce como el romanticismo construye un Lake District mítico ("place -myth"), teniendo el mito un carácter "socialmente selectivo", ya que "no todos lo visitan, tampoco los visitantes provienen de todos los grupos sociales en la misma medida" (Ibid.: 196). La construcción cultural -y mítica- del lugar supone un complejo proceso, a través del cual "el área tenía que ser descubierta; entonces tenía que ser interpretada como adecuadamente estética; y entonces tenía que ser transformada en el escenario gestionado adecuado para millones de visitantes. Esta pauta de ocio particular no ha sido la consecuencia del escenario 'natural' del Lake District" (Ibid.: 193). Por todo ello, precisamente, el éxito en la producción cultural de un espacio atractivo implica la necesidad de convertirlo en un "paisaje gestionado", que debe ser "rescatado de sí mismo" para salvar su naturalidad (Ibid.: 210).

"desconcertadas por el rápido cambio económico y social y el eclipse de su poder político e influencia social, parejo al ascenso y poder económico de las fracciones industriales" (1987: 5). Se ha expuesto como en esta definición encajarían a la perfección los que se han denominado "primeros exploradores" de los Picos. Precisamente uno de ellos, Pedro Pidal, Marqués de Villaviciosa de Asturias, Diputado y Senador, además de primer escalador del Naranjo, es el gran artífice de la Ley de Defensa de los Parques Nacionales, sancionada por Alfonso XIII el 7 de Diciembre de 1916. En su defensa ante el Senado, diría el Marqués estas palabras: "¿No hay santuarios para el arte? ¿Por qué no ha de haber santuarios para la naturaleza?" (Cit. En Fernández, J. 1998: 101). Las referencias sacras y la carga simbólica de la declaración no se agotan ahí, ya que gracias a la citada Ley, el 22 de Julio de 1918, precisamente la fecha en la que se celebraba el 1200 aniversario de la batalla de Covadonga, se inaugura el primer Parque Nacional español: "Parque Nacional de la Montaña de Covadonga". Este reconocimiento se produce dentro del movimiento que se origina en EE. UU. con la declaración de Yellowstone en 1872, y que destaca como quintaesencia de lo natural una serie de espacios de montaña con una tipología muy semejante.

Durante muchos años -especialmente tras el episodio de la Guerra Civil-, el Parque Nacional no sería mucho más que una simple etiqueta. En los años sesenta y setenta se producen en España, al respecto, una serie de acontecimientos contradictorios: se promulgan leyes, como la de Montes de 1957, que entroncan con el marcado carácter productivista de la época; pero al mismo tiempo, se abre la puerta a una nueva consideración proteccionista, donde los elementos científicos y unas todavía marginales asociaciones ecologistas consiguen protagonizar un hito fundamental, como es la declaración en 1969 del P. N. de Doñana, en la que pesan las razones proteccionistas muy por encima de los criterios paisajísticos y románticos que presidieron la declaración de los primeros parques.

Mientras tanto, como ya se ha apuntado, los Picos salen de un largo período de olvido y se convierten en un destino preferente de un turismo de masas que crece de año en año, a veces de manera exponencial. "El turismo desarrollaría formas completamente nuevas de apropiación del campo, las cuales antes de ellos habían sido la prerrogativa de una minoría cultivada"

(Mormont, 1987: 6). Pero las grandes corrientes turísticas hacia estas montañas y sus maneras de "apropiarse" de la naturaleza, difícilmente serían comprensibles, en nuestro caso, al margen de la iniciativa institucional. Se ha reconocido la importancia de instalaciones públicas como el teleférico o el parador de Fuente Dé. La configuración del Estado de las Autonomías en el nuevo marco constitucional español, convirtió a éstas en promotoras de obras e infraestructuras que en un principio tenían como fin primordial el incremento sostenido de los visitantes al área²: ampliación del teleférico, carreteras, pistas y caminos de acceso... Tales actuaciones se legitimaban a través de los efectos que para el desarrollo económico de las comarcas limítrofes -Cangas de Onís en Asturias, Valdeón y Sajambre en León y Liébana en Cantabria- tendría la "explosión" turística. Todo ello generó, entre los movimientos de defensa ambiental y la opinión pública sensibilizada, la percepción de que el principal riesgo para la "conservación" de los Picos se derivaba de proyectos megalómanos como los que en su día proponía el gobierno de Cantabria, bajo la presidencia, fuertemente personalista, de Juan Hormaechea. La "originalidad" de los Picos de Europa, tal y como la había reflejado Fontán, parecía en entredicho:

"No se parecen a nada: no pueden comparárseles a los Alpes, profanados ya hasta sus últimos rincones por carreteras, funiculares, escalas, cables... no pueden compararse a los Pirineos, de aspecto salvaje y sepulcral [...] Pero estos Picos de Europa pueden competir en belleza y en valentía con cualesquiera de estas montañas citadas" (Fontán de Negrín, cit. en Pidal y Zabala, 1918: 27)³

La solución a estos problemas parecía pasar, para el movimiento ecologista, por la premisa que rezaba en las pancartas que, en sucesivas

² En este sentido las administraciones no han hecho sino recuperar el espíritu inicial de los Parques nacionales. La citada ley de 1916, defendida por Pidal, recoge, en su artículo 2º, que el objeto que persigue el Estado con su declaración es "*favorecer su acceso por vías de comunicación adecuadas y de respetar y hacer que se respete la belleza natural de sus paisajes*".

³ En la edición de la obra de Fontán con la que principalmente he trabajado (GH Editores, 1986), este texto se halla en forma diferente, especialmente en la alusión a los Alpes. Desconozco la razón de tales diferencias, posiblemente debidas a las distintas versiones que Fontán de Negrín realizaría de este texto en diferentes publicaciones.

acciones espectaculares que tuvieron lugar en la primavera de 1991, desplegaron en "rappel" sobre varios edificios públicos de Oviedo y Santander: "Picos de Europa: ¡Parque Nacional Ya!". A su vez, organismos como la Federación Española de Montañismo, en comunicado de prensa, planteaba la ampliación del primitivo Parque a los tres macizos de los Picos como "la única posibilidad de protección real hacia este extraordinario enclave montañoso de valor reconocido internacionalmente" (En Colectivo Montañero por la Defensa de los Picos de Europa, Boletín Informativo nº 4). El apoyo de personajes como el sudtiroles Reinhold Messner (primer ser humano en hollar las 14 cumbres de más de 8000 m. del planeta), así como de organizaciones ambientalistas internacionales, como "Mountain Wilderness", unido a acontecimientos decisivos como la adhesión en el año 1991 del gobierno del Principado de Asturias a la iniciativa de ampliación -pese a la oposición de las otras dos Comunidades Autónomas implicadas-, dieron el fruto de su aprobación por el Congreso el 11 de mayo⁴ de 1995, pese al voto contrario de la oposición del Partido Popular⁵. El 1 de junio de 1995 entra en vigor la Ley 16/95 y se declara el nuevo "Parque Nacional Picos de Europa".

La llegada al gobierno central del Partido Popular tras las elecciones de febrero de 1996, unido a los recursos de inconstitucionalidad planteados por las Comunidades afectadas -entre 1995 y 1999 gobernadas todas ellas por este mismo partido-, dibujaron un nuevo escenario de problemas y conflictos entre los grupos ecologistas, proteccionistas, y las administraciones. El nuevo Ministerio de Medio Ambiente ralentizó los distintos trabajos que debieran culminar en el Plan Rector de Uso y Gestión del nuevo Parque. Poniendo además en marcha medidas legislativas que conferían a las Administraciones Autonómicas mayores competencias sobre éste, como consecuencia de la batalla legal que las autonomías emprenden ante el Tribunal Constitucional. Desde entonces, algunas de éstas, especialmente Asturias, se han puesto en marcha para materializar aquellos proyectos de infraestructuras turísticas que parecían dormir ya en el olvido, con obras como el acceso a Bulnes o

⁴ Los informativos de la primera cadena de Televisión Española de ese día, que incluirían la noticia en sus titulares, la encabezarían con la frase: "Los amantes de la naturaleza están de enhorabuena", expresando así el discurso dominante en los medios de comunicación de ámbito estatal, en general favorables a la medida.

⁵ La cual, junto con Convergencia i Unió, había intentado infructuosamente -pese a disponer mayoría simple- vetar en el Senado tal ampliación

aprobando un tren de cremallera a los Lagos de Covadonga, las cuales, en la situación de larga indefinición jurídica que siguió a su declaración, eludían las restricciones que implicaría el "pleno funcionamiento" del Parque⁶. Ello llevaría a los movimientos ecologistas a extremar sus críticas, concretadas en el lema "Picos de Europa, peor que nunca", denunciando la desidia administrativa ante la aplicación de la ley, la reducción de presupuestos del Parque -un 50% menor que cuando no se hallaba ampliado-, la, según ellos, "agresividad de las autonomías", la persecución del lobo en el único P. N. español que dispone de ellos... (CMDPE, Junio 1997). Incluso el propio personal del P. N. haría público, en la prensa asturiana⁷, su malestar por la "dejadez" con que sus gestores -especialmente la Dirección- asumían los problemas de éste.

Sin embargo, para el común de la opinión pública española tuvo más repercusión la propia declaración del Parque -a la que parecía ser mayoritariamente favorable- y sus supuestas cualidades proteccionistas, que los argumentos de los colectivos ecologistas y medioambientalistas. Quizás se constate así la afirmación de Mormont, para quien el peso social de estos planteamientos ahora depende del número de asociaciones y su capacidad para movilizar a la gente y a la opinión pública" (1987: 5). La situación respecto al Parque se presentó aún durante algún tiempo como tensa y potencialmente conflictiva -aunque esto quizás fuera menos acusado en Liébana-, a la par que factores como la correlación de fuerzas políticas y la orientación de los diferentes gobiernos autonómicos, así como los cambios en la normativa que afecta a la gestión de este tipo de espacios protegidos -hasta que el próximo año 2011 se produzca su transferencia a las comunidades autónomas- iban marcando el devenir de los acontecimientos.

En definitiva, en el debate general en torno al "deber ser" de los Picos de Europa han venido colisionando principalmente dos representaciones: la de aquellos para quienes estos constituyen un espacio material que ha de conocer una nueva "puesta en valor" a través del turismo de masas -o dicho de otro modo, quienes apuestan por un patrón de desarrollo de corte productivista-, y la de quienes consideran las actuaciones que persiguen ese fin como una

⁶ No sería hasta septiembre de 1997 que constituyese el patronato del Parque (R.D. 1519/ 1997 de 26 de Septiembre), con una importante presencia de las administraciones autonómicas, como primer paso en el proceso de cogestión que se ha venido imponiendo respecto a estos espacios protegidos.

⁷ La Nueva España, Oviedo. 30 de Agosto de 1998.

"prostitución" de un espacio que, mediante la gestión tecnocrática de la administración, debe ser "purificado" a toda costa para recuperar su carácter sagrado, generador de referentes y valores trascendentes.

"Mirad con los ojos y con el corazón, *mirad* con todos los sentidos, abiertas las ventanas del espíritu, mirad el Naranjo de Bulnes, solo, aislado en medio de aquel caos de rocas y nieve, como un misterioso menhir, como un símbolo inexplicable de un antiguo culto perdido en las tinieblas de la prehistoria" (Pidal y Zabala, 1918: 29)

5. El Parque Nacional como instrumento generador de expectativas y oportunidades

En definitiva, por lo que respecta a la relación de las Administraciones Locales y grupos políticos de Liébana con el Parque, al igual que entre la sociedad civil, ha comenzado a asumirse la necesidad de convivir con un espacio protegido y el reto de rentabilizar este hecho. En primer lugar, porque en una economía de signos ofrece una garantía de conservación de los valores y recursos ambientales:

"Lo del Parque puede tener... yo creo que al final va a tener más ventajas que inconvenientes. Y te digo que, va a ver más ventajas, porque cuanto más control tengamos sobre nuestra zona, y sobre nuestros Picos, y sobre nuestra geografía, pues es una manera de conservarlo mejor, y de mantenerlo tal cual." (E 15)⁸

⁸ La información cualitativa ha sido tomada de González Fernández, (2002). El código implica que la información se ha obtenido en una entrevista abierta semiestructurada y el número que la acompaña es la clave que se le ha asignado en la citada investigación.

Es precisamente la idea del P.N. como instrumento generador de expectativas y oportunidades de desarrollo la que condensa la representación en torno a la cual se comienza a generar un nuevo consenso en Liébana: aquella que considera al Parque como motor de desarrollo, como generador de recursos laborales, de negocio... "Un parque, es un parque. Y daría trabajo. Yo creo... y daría beneficios en principio" (E 5). Que se ha incorporado al discurso de buena parte de las instituciones locales -antaño radicalmente opuestas a este espacio protegido-, de las nuevas agencias de desarrollo, los colectivos ciudadanos, la base social:

"La posibilidad de un Parque nos beneficia a todos, ¿por qué?. Pues, porque próximo a un Parque, o dentro de un Parque habrá un determinado numero de plazas hoteleras. Y la promoción que se haga de ése Parque. Pues vendrán, "Vamos al parque de los Picos de Europa". Y se hospedan allá. Que está aquello completo, pues será más lógico que se queden aquí, a quince kilómetros, que no se queden... porque estamos a una distancia razonable, para poder venir a disfrutar del Parque, y del entorno del Parque. Aquí, tenemos recursos propios. Pero, además si tenemos cerca un Parque, pues mucho mejor. Entonces la zona se beneficiará" (E 12)

"Yo, a veces en alguna charla, cuando estaba haciendo el programa se le he dicho, que es un poco brusco pero es que: "piensen ustedes que esto es una reserva y son los indios, aprovechen las oportunidades que tienen, porque creo que en otras muchas regiones de España se estarían pegando por juntar éste marco y el apoyo de las instituciones a un Parque Nacional; que va ser el más grande de Europa y va a traer millones de gente con los años". (E 10)

Bibliografía

- Adrados, M. y López, J. (1988): Los Picos de Europa. Edic. del autor. Oviedo.
- Estrada, M. y Sánchez, M. A. (1996): La Liébana: una aproximación histórica. IES Jesús de Monasterio. Potes.
- Fernández, J. (1998): El hombre de Picos de Europa. Ed. Caja de Madrid. Madrid.
- González Fernández, M. (2002): "Sociología y Ruralidades. La construcción social del desarrollo en el Valle de Liébana". MAPA. Madrid.
- Lash, S.; Urry, J. (1996): Economies of signs & spaces. Sage. Londres.
- Mormont, M. (1987): Rural nature and urban natures. En Sociologia Ruralis Vol XXVII - 1.
- Mormont, M. (1996): "Le rural comme catégorie de lecture du social". En Jollivet, M. y Eizner, N. L'Europe et ses campagnes. Presses de la Fondation Nationale de Sciences Politiques. París.
- Negrín, F. (1986): En los Picos de Europa. GH. Oviedo.
- Odriozola, J. A. (1986): Prólogo. En Negrín, F. En los Picos de Europa. GH. Oviedo.
- Pereda, J. M. (1988): Peñas Arriba. Madrid. Cátedra.
- Pidal, P. y Zabala, J. (1918): Picos de Europa. CAE. Madrid.
- Pyrenaica (1926): Nº 1 Vol I
- Sánchez Gómez, (1996): "El régimen señorial en Liébana. Un análisis preliminar". En Estrada, M. y Sánchez, M. A. La Liébana: una aproximación histórica. IES Jesús de Monasterio. Potes.
- Sibley, D. (1988): Purification of space. En Environment and Planning D: Society and Space 6.
- Urry, J. (1995): Consuming places. Routledge. Londres.